

Ernst Bloch (Autor), Salmerón Infante, Miguel (Traductor), *Herencia de esta época*. Editorial Tecnos, Grupo Anaya, Madrid, 2019.

José G. Birlanga

Si reseñar es básicamente volver a indicar, volver sobre las señales o lo signado, la tarea es sin duda grata, pero no baladí, pues la empresa pasará también por seguir las señales que el traductor nos deja sin reiterar lo ya dicho en su brillante introducción. Realmente el libro responde a las cuestiones capitales que plantea, con las que nos llama la atención y con las que nos seduce. Porque, como mantiene Miguel Salmerón, traductor y autor de la introducción y notas, efectivamente aquella República de Weimar, aquella época, también hoy, un siglo después nos sigue seduciendo.

Si puede decirse que en *El principio esperanza* Ernst Bloch, desde su exilio en los Estados Unidos, pero sin abandonar nunca su compromiso político con la orientación marxista de su filosofía, reflexiona sobre esa dimensión utópica, y privativa del hombre. Si allí comienza a mirar hacia el *futuro* desde un análisis holístico de la cultura que se vertebrará desde su inequívoco potencial emancipador, tres años antes, en *Herencia de esta época*, puede decirse igualmente entonces, que Ernst Bloch mira al *presente*, a su presente, al de la República de Weimar, al del periodo de entreguerras, con un análisis tan crítico como transversal que, desde las mismas fuentes, recorre lúcidamente el arte, el pensamiento, la sociedad, ... En fin, la cultura de su época, tanto en sus estructuras fundamentales como en sus expresiones solo aparentemente más secundarias. En este punto se aprecia sin duda su origen y cercanía al *versum* proletario, pero también su condición de intelectual en la que aflora la herencia de sus maestros. Entre ellos, se percibe la huella de uno, Georg Simmel, que durante seis años le inculcó la atención al presente por lo que éste contiene de manera también todavía latente.

Sea como fuere uno reconoce ese estilo tan peculiar y exigente con el lector, que el profesor Salmerón respetando escrupulosamente en su traducción, sin embargo alivia con la profusión de notas. También en *Herencia de una época* se expresa esa constante del pensamiento de Bloch: la atención a los aspectos más capitales (individuales,

sociales e históricos) de una problemática existencia humana que sigue siendo esencial para entender el mundo contemporáneo.

En esta obra ese análisis aparece claramente vertebrado desde la óptica política, y de doble manera. Por un lado, tanto para mostrar la insuficiencia operativa de la izquierda, que pretirió, a juicio del autor, los claros signos de su tiempo, para quedarse muchas veces en lo que vino a conocerse como una expresión más de esa (mera) politización de la estética. O, lo que es lo mismo, en un proceder que focalizaba buena parte de sus esfuerzos en una visibilización estética de la política, que a su vez descansaba en una confianza (acrítica) en los sistemas economicistas. Pero, por otra parte, analiza también el “aprovechamiento cultural” que el nacional socialismo opera *estetizando* su política. La crítica a Hitler y al nacionalsocialismo es (la) constante de este libro, cuyo autor no desaprovecha ninguna ocasión para dejar constancia de su antinazismo, por convicción y por devoción.

Más allá de esa dicotomía que Walter Benjamin (“La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica”) condensaba en el lema “*a la estetización de la vida política que promueve el fascismo, el comunismo le responde con la politización del arte*”, también Ernst Bloch atiende a niveles menos estructurales, a niveles más cercanos. Pues allí el hombre se encuentra *Sin apoyo* (p. 44) o como dice más adelante en *El vacío* (p. 216) “cuanto más se avanza en lo nuevo, más desierto se encuentra alrededor (...) el *ego vacío* no forma ya ningún caparazón que sirva para proteger al que sin éste no se siente en casa”. Resuenan aquí inequívocamente algunos diagnósticos simmelianos de la modernidad: vivir en una época sin rey, la oposición trágica entre cultura subjetiva y objetiva, las nuevas formas de alienación,...

En la primera sección de la primera parte, de las tres, en las que se divide el libro, Bloch comienza tras reafirmar la idea anterior, *Un hombre agotado* (p. 45), trayendo a escena a algunos de esos referentes del espacio por antonomasia de esa modernidad *La ciudad pequeña (1924)* (p. 46) que contrapone a la metrópolis, referente inequívoco en el análisis del presente. Y tras dedicar unas primeras, de muchas otras, páginas a una figura de esta cultura, su amigo Siegfried Kracauer, con quien compartirá un lugar privilegiado, nunca mejor dicho, a la vanguardia, alertando de los peligros de un nazismo que se acercaba envuelto en ropajes ideológicos que la masa no discriminaba, concluirá con un lúcido texto en donde aclara y se distancia de posiciones pseudo

(modernas) reales *El recambio y lo nuevo* (p. 54), tan coloristas y tentadoras en apariencia como poco satisfactorias en realidad. Si la masa proletaria no discrimina, lejos de parapetarse en la conciencia de clase, como Lukács, prefiere también contra el autor de *Historia y conciencia de clase*, acercarse al expresionismo, también desde la escena, y con Brecht, mostrar a la masa proletaria las contradicciones del capitalismo, las fisuras que permitan su certera desaparición.

En la segunda parte del libro, de manera conjunta y también separadamente, aparecen las que podrían considerarse las tres grandes fuentes, especialmente las dos últimas, con las que Bloch conforma un original pensamiento: judaísmo (mesianismo), marxismo y hegelianismo. En el primer bloque de esta segunda parte del libro *Acontemporaneidad y embriaguez* (pp. 57-110) realiza, como dice una de sus secciones, un amplio *Inventario de la apariencia revolucionaria* (1933) (p.79). Esta parte está jalonada de numerosas y acotadas referencias y notas (de la 20 a la 107) que, como claves que el traductor introduce, permiten aquilatar el verdadero calado de las ideas de un Bloch que persevera en mostrar de múltiples maneras (versiones) la acontemporaneidad. Dos son las fundamentales: desde luego que como fundamento de su crítica al materialismo histórico que solo entiende de manera unidireccional e inmediata, como determinismo, la relación entre la base material y la superestructura ideológica. Pero también, en su excepción, como reducto para lo reaccionario, incluso mediante la apropiación cultural del utopismo, de la aparente cercanía de las filosofías de la vida, y de los conceptos-nación (patria, tierra, guía,...) como hizo la síntesis cultural nacionalsocialista. En definitiva, si cabe, como Bloch considera, que el cambio histórico no sea indefectible, no esté asegurado, este no solo puede no ocurrir, sino que además del fracaso cabe también un giro en sentido contrario... Ante ello, como mostrará especialmente en esta segunda parte del libro, además de la alertar del peligro inminente es necesario reaccionar con políticas de izquierdas, reactivando esa herencia cultural de manera objetiva y mostrando así a la masa social proletaria, *al mismo tiempo*, el camino de la *Ilustración y la sabiduría dialéctica* (p. 153).

También en esta segunda parte se ubica un segundo bloque, *Resumen en tránsito* (pp. 111-195) en donde Bloch pasa de la denuncia y el desvelo ante la embriaguez (del momento) a su dialéctica (mayo de 1932). Allí el autor valora aquel “ahora”, “el insoportable ahora parece distinto con Hitler, porque él pinta bien las cosas para todos” (p. 111), pero además ahondará casi como un artista que busca con sus análisis los

pentimentos, los bosquejos anteriores, los arrepentimientos de una cultura, que por otro lado también comienzan a emerger, constatando que esa cultura está siendo repintada fatal y convulsamente como atemporal, al margen de la dialéctica.

Así, aunque “cada ahora se hace diferente mañana” (p. 150), ha de añadirse inmediatamente que si la calma volviera “difícilmente durará mucho” a pesar de las dificultades por inculcar de “colorista y agradable” el decir sí a todo (*Pulgarcito*, 164), preparado el camino para el desembarco de la “brutalidad” (“por la intoxicación propiciada por empleados sádicos y oficiales destituidos”), una estrategia más de Goebbels, el Rasputín alemán (*Fingimiento como veneno*, p. 194).

La tercera y última parte es más amable para el lector, por lo que las notas sin desaparecer sí se reducen en número, lo que constata que las que se indican no son suplementarias. Esta parte comienza con el rótulo que describe la situación, tras la rica descripción en la parte anterior: *La sacudida* (p. 197). Lo real ya no es suficiente. El análisis de Bloch se dirige ahora a la objetividad, a la *directa* (p. 205) y a la *indirecta* (p. 207) y tras ellas inicia toda una apología de un arte nuevo, un cine nuevo, un montaje nuevo, una fotografía nueva con la que acometer ese *Vacío* (p. 216) al que ya nos referimos al inicio de esta reseña.

En esta última parte hay algunos pasajes tan memorables como imprescindibles y por tanto capitales para entender lo fructífero de esta época y la herencia que también nos legó. No hay espacio para destacar todos, pero como muestra cabe señalar las memorables páginas que dedica a Igor Stravinsky (pp. 219 – 226) “eco de su tiempo”, con la que se desliza la presencia, en el debate de la época, de la centralidad de la teoría del reflejo dentro de la concepción marxista del arte. Pero no solo. También se refiere así al creador de *La historia de un soldado*: “de música tan infiel como honesto” (sutileza pronta a conservar en los anales de la historia de la música y de la historia social del arte). También son dignas de mención las páginas que dedica al expresionismo al que comienza a analizar partiendo de las pinturas degeneradas, del Arte degenerado, siempre, huelga decir, según aquellos que merecen el máximo galardón en esa vergonzante adjetivación (pp. 239 -258). Y ello precedido de un tan heterodoxo como coherente, como no podría ser de otro modo, análisis de Bertold Brecht, ese *leninista del escenario* (p. 234) en el que se anuncia ya la idea de un público

que debiera transformarse en espectador-actor a un mismo tiempo, hacedor de la revolución.

Como heterodoxo y abigarrado es el semblante que realiza de Klages (una figura tal vez no suficientemente atendida aun todavía hoy) en *Romanticismo del diluvio* (p. 306) y antes desde *La astuta embriaguez* (p. 302). No puedo finalmente no dejar de recomendar muy especialmente los lúcidos análisis que realiza entre las páginas 326 y 333: *El Impulso Nietzsche*. Antes, y no como divertimento, no encontramos con una lectura original, y nada desajustada, para este intelectual proletario, del *élan vital* de Henri Bergson. Allí reconoce en aquél la transformación del impulso todavía romántico de Schopenhauer en “empresarial”, la metamorfosis de la *frivolidad burguesa*... Aun con todas las reservas nadie se atreverá a no reconocer su interés al menos al descubrir las dos caras (p. 322) de la filosofía de Bergson.

Capítulo aparte merecería la referencia a las páginas que dedica a Richard Wagner, sea o no con Friedrich Nietzsche de por medio, y desde luego desde la recepción que el nacionalsocialismo hará de él. Miguel Salmerón, especialista en este músico genial (tal vez el mayor genio que haya existido nunca, según W. H. Auden) dará cuenta con mucha probabilidad, y ojalá que pronto, de la enjundia que encierran estas pocas páginas (337 – 345).

No sería justo acabar esta reseña sin poner en valor el recorrido que Ernst Bloch hace también sobre la herencia del pensamiento filosófico y científico de la época. Comenzando por un amplio y genérico *Los empiristas* (p. 262) en donde aprecia desde el atomismo lógico de Bertrand Russell, sin olvidar referencias a Ludwig Wittgenstein, hasta Moritz Schlick. Pero donde igualmente trata el conductismo de Watson o el pragmatismo de James. A continuación y bajo el epígrafe *El relativismo* además de ocuparse de él y de algunas de sus versiones, se adentra en las aportaciones de la sociología, que gozaba de una salud inusitada, y de un incipiente análisis crítico de las ideologías (Karl Mannheim), pero también se detiene en la fenomenología, en particular con acidez caustica en Edmund Husserl del que dice que “no es un pensador significativo” (p. 275) y a su círculo entre los que incluye a los neoescolásticos (Brentano) y a los neokantianos (Cohen). Desde ellos, pasando por la nueva ontología llegará hasta la derivas del existencialismo más alejado (Jaspers, Heidegger, y en

ocasiones también incluye aquí a Scheler) que hunde sus raíces en Kierkegaard. No podemos detenernos más, ni pasar de la indicación, pues también en el pensamiento como escribe Bloch *hay muchas habitaciones en la casa del mundo*.

Ciertamente historia y tiempo, desmienten o confirman. Y lo cierto es que esa “época de transición” de Bloch al que su libro quería contribuir indicando latitudes y longitudes de lo que debería haber sido “el viaje final del burgués” se nos presenta en esta edición a cargo de Miguel Salmerón con una altura y profundidad tan incuestionable que la conclusión no puede ser ya una pregunta, como al principio, sino una constatación. *Herencia de esta época* confirma que la cultura de Weimar sigue atrayendo hoy; el libro era necesario incluso para acrecentar esa fascinación.